

LA ESPERANZA EN LA ESPIRITUALIDAD BENEDICTINA

Maricarmen Bracamontes, osb
Torreón, Mexico

I. INTRODUCCION

Estoy muy agradecida por la invitación que me permite estar aquí en medio de ustedes y por la oportunidad que este simposio me brinda de reflexionar sobre la riqueza de este carisma que compartimos.

Es la primera vez que me encuentro en un espacio que congrega a mujeres benedictinas de todas partes del mundo. He ido poco a poco descubriendo la riqueza de nuestra diversidad. Mi primer contacto fue con hermanas benedictinas de los Estados Unidos que fundaron el monasterio al que ingresé en 1980. Ya en el Monasterio me relacioné con hermanos y hermanas de comunidades mexicanas, la mayoría fundaciones extranjeras. Me fui encontrando también con hermanas de la Federación de Santa Escolástica y de las otras federaciones de Norteamérica. He compartido, así mismo, con la vida monástica Latinoamérica y del Caribe. Mi encuentro con benedictinos y benedictinas europeas, asiáticas, del África y de Oceanía ha sido esporádico y de manera, más bien, personal.

De tal manera que hoy, treinta años después de haber iniciado el caminar por los senderos de esta Espiritualidad, mi corazón se ensancha lleno de gozo al encontrarme aquí entre ustedes. No puedo evitar sentir que esta experiencia, en su conjunto, es como saborear un poquitito de aquel don que recibió Benito,

..De pronto en aquella intempestiva hora nocturna vio difundirse una luz desde lo alto, que ahuyentó las tinieblas de la noche. Aquella luz, en medio de la oscuridad brillaba con tanto resplandor, que su claridad superaba con creces a la luz del día.

En esta visión se siguió algo en extremo maravilloso, ya que según él mismo contó luego, apareció ante sus ojos el mundo entero, como recogido en un rayo de sol.¹

Esta experiencia en su conjunto, decía, me lleva a recordar eso que nos narra San Gregorio porque, por una parte, está esa convicción de que un mismo corazón benedictino late en su diversidad universal y, por otra parte, porque no hay duda de que atravesamos por un momento histórico de tinieblas, de oscuridad y necesitamos esa luz que se difunde desde lo alto con su brillo, con resplandor y claridad... como la percibió Benito.

Nos encontramos aquí para compartir sobre nuestra vivencia de la esperanza a la que considero, como afirma Rodolfo Cardenal, el contenido de la promesa de Dios, Madre y Padre, encarnada en Jesucristo, abierta al futuro e incansable y a la que la *Ruah Divina* sostiene e impulsa en la historia, recreando la vida².

La esperanza, la encuentro concentrada en nuestra tradición, como ese algo en extremo maravilloso que nos permite ver con claridad aún en medio de las tinieblas de las injusticias, de las exclusiones, de las discriminaciones, de las innumerables formas en que se niega la dignidad humana y la de la naturaleza en su conjunto.

La esperanza, creo también, como afirman los pueblos originarios de América Latina y el Caribe, se

¹ *Diálogos de San Gregorio*, Libro II, Cap. XXXV.

² Cfr. "Iglesia Viva" No. 240 oct.-dic. 2009, pp. 53-65. Accesado en enero de 2010 en: <http://www.iglesiaviva.org/240/240-14-RODOLFO.pdf>

viste de resistencia cuando los tiempos se vuelven difíciles, sosteniendo en el desánimo y ayudando a vencer el desaliento.

Así, pues, aún y cuando la cumbre de Copenhague haya sido calificada como un fracaso y nos siga amenazando el cambio climático y los desastres ambientales; aún y cuando Haití, la nación más pobre del hemisferio occidental, haya sido devastada por un sismo en enero pasado, que se sumó a la infamia de una historia de sujeción y explotación; aún y cuando pareciera no encontrarse alternativa viable que rompa las complicidades entre la corrupción y la impunidad de los poderes políticos y económicos; aún y cuando se califiquen las democracias de muchos países como fallidas y disfuncionales; aún y cuando las Iglesias Cristianas y la Vida Religiosa a veces parecieran negarse a promover el proyecto de Dios para la humanidad...

la promesa, la esperanza, está viva porque

- La pregunta: “¿Quién irá por mí?” hecha a Isaías (**Is 6,8**), brota del corazón de Dios que se compadece de la gente maltrecha por la vida; y esa pregunta vuelve a invitar a una respuesta de sus discípulas todas.
- Quien nos llamó es “compasión y clemencia, paciencia, misericordia y fidelidad” (**Ex 34, 6**).
- Nos tiene dicho que “aunque se retiren los montes y vacilen las colinas, no se retirará de nosotras su misericordia” (**Is 54, 10**).
- Descubrirnos cómplices de la misericordia de Dios con la historia de la humanidad, nos da la fuerza que sólo la bondad divina puede proporcionar.
- Y, porque los instrumentos de las buenas obras culminan con este llamado: “...jamás desesperar de la misericordia divina”. (**RB 4,74**)

Este compartir lo iré tejiendo de acuerdo a la propuesta del comité organizador partiendo de una clave de lectura que ofreceré como contexto de la reflexión:

- El marco de realidad se dará en clave relacional holística.
- Iniciaré considerando algunas situaciones que claman por esperanza en el Mundo, en la Iglesia y en la Vida Religiosa;
- enseguida reflexionaré sobre algunos elementos de la Espiritualidad Benedictina que, desde mi perspectiva, nutren y fortalecen la esperanza;
- luego subrayaré aspectos de la vivencia benedictina que son levadura de esperanza, de manera que podamos dar cuenta de cómo la Regla Benedictina forma en la esperanza;
- finalmente narraré las fuentes de fortaleza para mi propia esperanza.

II. REFLEXION EN CLAVE RELACIONAL HOLÍSTICA: Personal (consigo misma); interpersonal y comunitaria socio-ecclesial (con las demás personas); Teologal (con Dios); cósmica (con el universo, con todo lo que existe).

La clave desde donde me acerco a desarrollar este tema son las relaciones en el amor que suponen una persona integrada. La espiritualidad benedictina que está firmemente cimentada en las escrituras reconoce que la Biblia nos señala un camino que es relacional: amar a Dios, a cada prójimo/o, y a sí misma con toda el alma, con toda la mente, con todo el corazón, con todas las fuerzas, con todo el ser. (**Mt 22, 34-40; Mc12, 28-34; Lc10, 25-29**); (**RB 4,1**)

Nuestro camino benedictino nos lleva a entrar en procesos de integración de las dimensiones de la conciencia humana: cognoscitiva (mente); afectiva (corazón); ética, moral (voluntad/con todas las fuerzas); religiosa (alma). Tal integración nos capacita para amar con un ser unificado y es una condición para adentrarnos por senderos de conversión. “...el taller donde hemos de trabajar incansablemente en todo esto es el recinto del monasterio y la estabilidad en la comunidad”. (**RB 4,78**)

Aquí inserto la hipótesis de mi reflexión: estamos llamadas a entrar en procesos de unificación de todas las dimensiones de la conciencia humana _ cognitiva (mente), Afectiva (corazón), ética-moral, o sea de comportamiento, voluntad (todas las fuerzas), religiosa-teologal (alma) _ para vivir como seres integrados en nuestro yo profundo y promover esa otra dimensión del proyecto de Dios para la humanidad: 'que todas y todos sean uno...' (**Jn 17,22**).

Esa es la propuesta cristiana y benedictina. La dinámica 'monachos', impulsa procesos de integración en quienes vivimos en un 'monasterio', que es el lugar donde pedimos con instante oración que Dios lleve a buen término su obra en nosotras, para hacernos una. Al perseverar, esforzándonos por vivir en "conversatio", la experiencia del amor incondicional de Dios va integrando todas las dimensiones de nuestra persona. Así nos vamos unificando, también, entre nosotras en la diversidad y pluralidad que nos caracteriza.

El objetivo de esto es que vivamos con transparencia y coherencia; que no separemos nuestros juicios de nuestros afectos, ni nuestros comportamientos de nuestras creencias. De esta manera esa integridad y responsabilidad personal y social no permitirán que 'digamos una cosa y hagamos otra' o nos instalemos en la incongruencia y, aún más, la justifiquemos.

La Regla Benedictina considera al ser humano en su totalidad, no lo concibe de manera dualista. Así, desde el prólogo advierte que se han de disponer los corazones y los cuerpos... (**RB Pr 40**) para seguir a Cristo. En el capítulo séptimo, central en la estructuración de la persona, considera que los dos largueros de la escala de la humildad, en los cuales la vocación divina ha hecho encajar los diversos peldaños para subir por ellos, son el cuerpo y el alma. (**RB 7,9**). A la hora de considerar la actitud básica en el oficio divino, pide que el pensamiento concuerde con lo que dicen los labios (**RB 19,7**). Además, en la cocina, en el huerto, en el taller, nos pide que tratemos todos los objetos del monasterio como vasos sagrados del altar y que no despreciemos nada. (**RB 31,10-11**) Este camino se concretiza en la actitud del buen celo que señala "abrazarán con la más ardiente caridad las fragilidades tanto físicas como morales unas de las otras". (**RB 72,5**).

Así, pues, la clave que me acompaña en esta reflexión sobre la esperanza, desde la perspectiva de la Espiritualidad Benedictina, es que la persona humana es un ser llamado a unificarse desde su relación fundante en la experiencia del amor incondicional de Dios. Esto le permitirá entrar en procesos de integración de todas las dimensiones de su ser. Así se irá capacitando para que, como respuesta a ese amor integrador de su ser, "ame ante todo, al Señor Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas", y además 'al prójimo como a sí misma" (**RB 4,1**) Las personas monásticas, unificadas, están llamadas a hacerse una entre ellas, reconociendo su diversidad y equivalencia. Monasterio, es ese lugar donde las diversas se hacen una. El monasterio es la escuela del servicio divino.

Desde esta clave, consideremos en un primer momento, algunas situaciones de nuestro Mundo, Iglesia y Vida Religiosa que claman por esperanza.

III. ALGUNAS SITUACIONES EN NUESTRO MUNDO, IGLESIA Y VIDA RELIGIOSA QUE CLAMAN POR ESPERANZA

III.1 Referirnos a las situaciones que claman por esperanza en NUESTRO MUNDO es dar cuenta de todo aquello que deshumaniza, que obstaculiza que la persona sea más persona. Desde la perspectiva de la fe serían todas las situaciones que nos impiden participar de la promesa de Cristo: "he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia". (**Jn 10,10b**). Esto supone los recursos necesarios para el crecimiento y la madurez tanto humana como espiritual.

Las situaciones que claman por esperanza en nuestro mundo tienen que ver por una parte con lo más subjetivo, con todo aquello que impide a las personas una sana autoestima y un sentido del porqué y para qué se vive; y, por la otra, con todo aquello que pudiera obstaculizar un crecimiento digno. El Papa

Juan XXIII hace ya casi medio siglo³ subrayó que la dignidad de cada ser humano exige que tenga adecuado alimento, vestido, vivienda, trabajo, descanso, educación, asistencia médica etc. Sin embargo, hoy, en la segunda década del tercer milenio, cada vez más pueblos y personas se hunden en la miseria y viven con insuficiente o inadecuada alimentación, vestido, vivienda, salud, educación, trabajo y entretenimiento. Crear las condiciones para una vida digna va de la mano con el derecho a vivir en un ambiente sano y armónico. El deterioro y agotamiento de los recursos naturales y el consecuente daño al ambiente, a la casa común de la humanidad, son situaciones que claman también por esperanza.

A las condiciones que atentan contra la dignidad humana y la integridad de la naturaleza, se suma lo que se ha llamado un cambio de época. Esto significa, entre otras cosas, que atravesamos por un tiempo inédito en el cual las respuestas garantizadas a los interrogantes de ayer no responden a las interpelaciones de hoy. Se suscita así una crisis de sentido. Las instituciones que regulan las relaciones socio-culturales y religiosas pierden credibilidad y esto crea confusión y desencanto, sobre todo cuando esas instituciones se repliegan sobre sí mismas en autodefensa de sus formas de entenderse y de expresarse.

Esta transición se lleva a cabo en un mundo globalizado al que rige un sistema financiero que recientemente ha revelado sus limitaciones. El sistema económico ha caído en una recesión mundial cuyos efectos agravan las condiciones en que millones de personas apenas sobreviven en el mundo. Cuando menos la mitad de la población en América Latina y el Caribe están condenadas a un estado de empobrecimiento y exclusión que compromete su salud física y emocional, y esto seguramente es la realidad, en mayor o menor grado, en otros continentes como África y Asia. Las respuestas desde los ámbitos gubernamentales se han enfocado en proteger las finanzas del sistema antes que a las poblaciones afectadas. A estas respuestas se suma el fracaso de la cumbre de Copenhague en donde los crecientes daños a la naturaleza son minimizados a favor de los intereses del capital.

No se quiere admitir que estamos ante una crisis sistémica, ante el ocaso de una civilización y que son necesarios cambios de raíz. Pretender retrasar lo inevitable solo prolonga y agrava el estado de las cosas.

Lo que provoca la crisis que estamos viviendo, desde mi punto de vista, es que ya no pueden sostenerse las incongruencias sobre las que nos relacionamos. Por una parte desde la Revolución Francesa se habla de igualdad, libertad y hermandad, mientras se siguen acentuando las condiciones que crean desigualdades y exclusiones; se incrementa la represión y se cometen, ante nuestros ojos, crímenes de lesa humanidad.

A mediados del siglo pasado se proclamaron los derechos de la humanidad y, en teoría, se ha avanzado hasta incluir entre ellos la paz y el respeto a la integridad de la naturaleza pero, en la práctica, año tras año se difunden informes de organizaciones internacionales que dan cuenta de cruentas violaciones a estos derechos y de⁴ cómo algunos Estados en el mundo se niegan a responder a las recomendaciones a las que se les urge.

Morris Berman en su libro *El Ocaso de la Cultura Americana*, describe los rasgos de una cultura en fase terminal. Estos rasgos son fácilmente diagnosticables en nuestras sociedades hoy,

- a. Se acelera la desigualdad social y económica.
- b. Decrecen los servicios y programas sociales.
- c. Disminuye rápidamente el desarrollo de la capacidad intelectual del pueblo, la comprensión crítica y la conciencia en general.
- d. Se produce la muerte espiritual—lo que Spengler llama el clasicismo: se vacía la cultura de contenidos y se congela o se cambia de envoltura.

³ *Pacem in terris*, #11, Juan XXIII, 1963.

⁴ La Edición en inglés se titula *The Twilight of the American Culture*. Ed. W.W. Norton and Co. 2000.

El cambio de época exige audacia e imaginación creativa para ensayar otras formas posibles. A vino nuevo, odres nuevos. Benito y Escolástica recibieron un don de la *Ruah* Divina, un carisma del Espíritu, en circunstancias similares a las que hoy vivimos. El monacato benedictino en sus inicios fue una respuesta creativa en busca de otros mundos posibles. Así, el ocaso de la Civilización Romana dio paso al amanecer del cenobitismo, que tenía como una de sus metas principales, que cada persona viva la experiencia de ser destinataria de la Buena Nueva y, desde esa experiencia que le libera de toda atadura egocéntrica, busque con ardiente caridad lo que considera útil para las demás, antes que para sí. ¿No es este un cimiento sólido para trabajar por el bien común, el respeto a los derechos universales, la inclusión y, por lo tanto, desde ahí 'buscar la paz y correr tras ella' (**RB Pr 17**) construyendo la justicia? Escolástica y Benito supieron discernir lo que, en su tiempo, era una alternativa para recrear la vida y la encarnaron en la Escuela del Servicio Divino.

III.2 Consideremos ahora algunas situaciones que en la IGLESIA Católica Romana claman por esperanza.

Me parece que en ciertos sectores de la Iglesia se ha dado marcha atrás al diálogo con los signos de los tiempos que había recibido un fuerte impulso con el Concilio Vaticano II. Esos signos han puesto en evidencia el hecho de que por siglos, tanto en la sociedad como en la Iglesia, se había pretendido contener a la diversidad y la pluralidad que caracteriza a la humanidad. Hoy, muchos grupos humanos, con diferentes cosmovisiones emergen y piden que se les reconozca, respete, incluya. Las nuevas formas en que se descubre y se entiende la humanidad dan por obsoletos modos de relación que habían estado sustentados en modelos de dominio, sumisión y exclusión, que consideraban a algunos seres humanos superiores a otros por cuestiones de raza, género, clase social, edad, ideologías, confesiones de fe, etc. Ante esta mayor claridad de conciencia acerca de la dignidad común de todos los seres humanos, la ausencia de diálogo entre quienes se abren a los signos de los tiempos y quienes abrazan visiones del pasado cerrándose al cambio de época en que vivimos, clama por esperanza.

Tenemos conciencia y estamos convencidas, desde la perspectiva de la fe, que la humanidad toda, en su diversidad, ha sido creada en una igual dignidad a imagen y semejanza divina. Somos hijas e hijos de Dios y hermanas y hermanos entre nosotras/os en Cristo, quien es nuestra paz, (**Ef. 2,14**) y en quien se supera toda discriminación y exclusión (**Gál. 3,26-28**).

Así pues, y desde esta conciencia, escuchamos el llamado a abrirnos con sabiduría y madurez al mundo actual en su urgente necesidad de reconocer las diversidades, promover la inclusión, fomentar el diálogo y la participación. De aquí se desprenden múltiples desafíos. Señalo algunos,

- a.** Imaginar y actualizar creativamente nuevas formas de relación que honren esa igual dignidad humana en que han sido creadas las personas, en el reconocimiento, el respeto y la inclusión de su diversidad en equivalencia.
- b.** Promover imágenes de Dios que expresen que toda la humanidad ha sido creada a su imagen y semejanza, trascendiendo la tendencia de identificar a Dios con una representación masculina y blanca.

El Dios de la Biblia no es la proyección de una mentalidad patriarcal⁵
...Dios trasciende la distinción humana de los sexos. No es ni hombre, ni mujer,
es Dios. Trasciende también la paternidad y la maternidad humanas...⁶

Las imágenes de Dios son muy importantes para dinamizar creativamente formas alternativas de relaciones entre personas y pueblos, para abrir los oídos y los ojos a lo

⁵ *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Sección I. E.2. Pontificia Comisión Bíblica, 1994.

⁶ CIC, *El Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica* # 239.

nuevo, para percibir el suave murmullo del silencio desde donde la Divinidad se nos revela.

- c. Expresar creativamente en la liturgia-- a través del canto, un lenguaje inclusivo, gestos corporales, símbolos, etc-- esa creciente conciencia de la humanidad acerca de su igual dignidad, celebrando y ritualizando todo aquello que testimonia con mayor claridad ese proyecto de Dios que se extiende al respeto cuidadoso y responsable de la creación entera.
- d. Acompañar los procesos de transformación de los roles familiares y sociales que tradicionalmente se han asignado a varones y mujeres, buscando una mayor participación del varón en las responsabilidades domésticas y una creciente presencia y participación de las mujeres en los ámbitos de la creación cultural.
- e. Promover la eclesialidad, esto es una conciencia creciente de ser todos y todas las bautizadas Iglesia, Pueblo de Dios. Desde allí habrá que ejercer el derecho a una sólida formación teológica y a la participación activa y responsable en los ministerios eclesiales y en los espacios de toma de decisiones.

La Espiritualidad Benedictina ofrece caminos para asumir estos desafíos. Nuestro carisma no está al margen de los retos e interrogantes que nos plantean los tiempos que corren. Los clamores por construir un mundo donde la paz sea el fruto de la justicia en el reconocimiento y respeto a la dignidad de cada persona, los escucharon Escolástica y Benito en su tiempo, y los seguimos escuchando quienes, sin merecerlo, por pura gracia, somos partícipes de ese mismo carisma de la *Ruah* Divina.

Es un motivo de gran esperanza recordar que la vida benedictina desde sus orígenes organiza la vida comunitaria de manera que se pueda ir superando la discriminación y la desigualdad entre las personas. Nadie es más que otra. Lo único que te puede distinguir en el cenobio es la humildad, la obediencia, el buen celo, la búsqueda incansable de reconocer a la otra mejor que tú. **(RB 2, 20-21)**. En sus mejores expresiones el carisma benedictino ha puesto en práctica formas que ayudan a construir la equidad y la inclusión. Por otra parte, cuando nuestros monasterios se han aliado demasiado con los poderes civiles y/o eclesiásticos, con frecuencia han sacrificado su capacidad de transmitir esta buena nueva de la igual dignidad de cada persona.

Así, pues, el monacato benedictino tiene una palabra que aportar a los diálogos que buscan respuestas a los desafíos contemporáneos.

III.3 Pasemos ahora a considerar algunos clamores en la VIDA RELIGIOSA (VR)

Desde mi propia experiencia en México y en la CLAR (Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Vida Religiosa), creo que la VR gime y siente dolores de parto **(Cfr. Rm 8,22)** suspirando por dar razón de su esperanza, por recrear su sentido y pertinencia.

Lo que conocemos como VR en general, y lo mismo se puede decir de la Vida Benedictina, no es 'algo' uniforme y estático. Es una realidad diversificada, rica, dinámica, que se expresa en formas de relación plurales y en transformación continua. La multiplicidad de expresiones de la VR va más allá de la tradicional distinción entre la de clausura y la activa, o la monástica y la apostólica.

Esta toma de conciencia se impulsó con el Concilio Vaticano II. Ahí se invitó a entrar en procesos de reflexión y experimentación a la luz de una vuelta a las fuentes evangélicas y del carisma propio. A través de esto se dinamizó una búsqueda profunda sobre la identidad y el sentido de la VR, en diálogo con los signos de los tiempos. También se dio como criterio atender a las necesidades físicas y psíquicas de los miembros, y todo esto, animado por una renovación espiritual.⁷

⁷ Documentos del Concilio Vaticano II, *Perfectae caritatis*, #2-3.

Al pasar de los años, adentrándonos en esos procesos, poco a poco nos hemos ido dando cuenta de que también el estilo de vida que llamamos 'religioso', fue alejándose de sus raíces y se estructuró con base en una cosmovisión dualista y excluyente. Hoy, esta situación llama a una seria transformación.

Mencionamos algunos ejemplos de cómo sucedió esto en nuestros monasterios, al volverse más espejos de la sociedad que levadura en la masa:

- Cuando la abadesa o priora, alejándose de su papel primordial de guiar almas **(RB 2,31, 33, 34, 37)** se conformaba más como administradora de los monasterios y/o directora de las instituciones educativas o de salud que los monasterios habían creado.
- Cuando se tomaban decisiones importantes única y principalmente para quedar bien con los bienhechores, la jerarquía o la sociedad civil y se descuidaba el que la obediencia, la escucha, es a Dios y se discierne su voluntad con responsabilidad y pureza de corazón en comunidad. **(RB Pr 1, Cap 71)**
- Cuando las relaciones se volvían piramidales y jerárquicas de manera que se olvidaba que para las cosas importantes se convoca a toda la comunidad y se le escucha y que sólo para las cosas de menor trascendencia se consulta al consejo, a las ancianas **(RB 3,1 y 12)**.

Así, pues, me parece que uno de los desafíos más serios que enfrentamos en la Vida Religiosa (VR) en general es si realmente estamos dispuestas a encaminarnos firmemente en las re-configuraciones que van diseñando los nuevos paradigmas. Tenemos una riqueza que aportar: caminos de transformación personal y comunitaria que quisieran testimoniar que el poder de Dios es el amor que iguala a la humanidad creada a su imagen y semejanza. Así, Dios, al crearnos iguales en dignidad en la diversidad, nos confía la tarea de construir en la historia esa igualdad, promoviendo la inclusión, y honrando la casa común, el cosmos, el universo. De esta manera, como lo hemos venido afirmando a lo largo de esta reflexión, escuchamos un llamado a esforzarnos no sólo para que todas tengan su lugar en el monasterio y la oportunidad de usar todos sus dones para vivir en plenitud, sino para que participen, también, en la construcción de una vida digna para todas y todos **(Jn 10,10b)**.

En relación con esto me parece importante no olvidar la lección histórica del último gran cambio de época que llegó junto con una de las peores épocas de decadencia en la Iglesia católica y en la vida monástica. Precisamente porque la Institución eclesiástica y las Abadías estaban tan acostumbradas a, e identificadas con el sistema feudal, no fueron capaces de captar el nuevo paradigma que surgía con el renacimiento ¡y terminaron luchando en contra de quienes defendían los derechos humanos en vez de ofrecer el aporte del Evangelio a ese esfuerzo!

Hoy existen congregaciones, institutos, órdenes, y lo que se conoce como asociaciones intencionales, para las que una característica primordial es el ensayar la *búsqueda de Dios* con los pies sólida y críticamente puestos en la tierra, los oídos del corazón atentos a todo lo que acontece, y la mirada lúcida en el horizonte de los valores últimos que se perciben. Son comunidades que buscan encontrar formas concretas de vivir, amar y servir, que se traduzcan en testimonio de *humanización*.

Estos dinamismos de búsquedas de sentido y de pertinencia son indispensables en el así llamado cambio de época por el cual transitamos, y que nos invita a ver y a comprender de otra manera la realidad. Hay, pues, comunidades que se animan a correr riesgos ensayando nuevas formas, mientras que otras se repliegan. Lo que no es posible, en estos tiempos, es evitar el impacto cuestionador y transformador de estos tiempos.

Al correr riesgos, ensayando nuevas formas, señalo dos de las respuestas iniciales de la VR a las tareas del Concilio: una que acentuó más la dimensión psicológica en la búsqueda del desarrollo personal y la madurez humana; y otra más sociológica que se sintió urgida por las condiciones alarmantes de pobreza y miseria de gran parte de la humanidad. El correr de los años ha dejado ver que esas dos dimensiones están relacionadas entre sí y reclaman ser entretejidas sin olvidarnos de nuestra casa

común, la naturaleza, el universo, el cosmos. Veamos brevemente algunas características de esas respuestas iniciales.

Los ensayos que acentuaron lo psicológico

Creo que podemos afirmar, con mirada retrospectiva, que crear espacios de madurez humana será siempre no sólo necesario sino indispensable. Las estructuras piramidales suelen no favorecer la madurez ni la libertad y, por ende, obstaculizan el crecimiento humano y espiritual, e impiden el ejercicio de la responsabilidad y participación creativa.

Al responder al llamado conciliar de volver a las fuentes evangélicas y del carisma, así como a entrar en diálogo con los signos de los tiempos, la VR se descubrió con algunos rasgos infantiles, con dependencias y, a veces, atrapada en situaciones estructurales de opresión y exclusión. Con el movimiento conciliar, podríamos decir que se retomaron las tareas pendientes de la adolescencia, buscando expresar mejor la identidad y autonomía, no sólo de los Institutos, Órdenes y Congregaciones, sino de las personas individuales.

Desde la perspectiva inter personal, algunas comunidades se fueron sacudiendo formas relacionales inapropiadas y fueron ensayando, entre aciertos y errores, comunidades de mayor colaboración y participación. Progresivamente se han ido alcanzando etapas más avanzadas de madurez. La VR fue descubriendo, así, los riesgos y los aciertos de su experiencia y se fue abriendo a otras posibilidades que le permiten reconocerse como parte de un universo socio-cultural grande y muy complejo. Se da cuenta de que la madurez humana está relacionada con el crecimiento espiritual que impulsa a las personas y a las comunidades a trascender los propios intereses para buscar una participación afectiva y efectiva en la construcción del bien común.

Los ensayos que acentuaron lo sociológico

Por su parte, las respuestas que acentuaron los aspectos sociológicos, en un primer momento, no repararon tanto en lo personal y en la necesidad de asumir las tareas de la madurez humana, sino que partieron del descubrimiento de un sujeto colectivo sufriente. Se concentraron en esa dimensión más bien de clase, y visualizaron las injusticias del sistema en las estructuras socio-políticas y económicas. Salieron hacia fuera sin reparar tanto en las tareas personales y comunitarias de crecimiento, y buscaron desde ahí, entre aciertos y errores, denunciar esas situaciones de muerte que se oponen al Reino. Con el correr de los años se fueron dando cuenta de que la realidad de las y los 'pobres' tiene rostros e historias concretas y diversas que hay que considerar y escuchar. A los y las pobres no hay que aglutinarlas en una categoría social homogénea sino que es indispensable reconocerlas en sus características particulares: mujeres, varones, gente anciana, jóvenes, niñas, niños; indígenas, afrodescendientes, gente del campo o de la ciudad; personas en su lugar de origen y otras migrando en busca de una vida mejor... y dar cuenta de cómo les afecta esa realidad de pobreza y les impide reconocerse como personas dignas.

Lo personal, lo comunitario, lo social y también lo cósmico han de ser considerados en su relacionalidad. Lo que entreteje todas esas dimensiones de la existencia es la espiritualidad entendida como fuerza recreadora de vida, como un lazo de unión que nos hace conscientes de ser parte de un todo en el amor. Las respuestas que se ensayaron en las búsquedas post-conciliares, fueron necesarias e importantes. Hoy sabemos que, si bien fueron parciales, marcaron el horizonte hacia una espiritualidad holística y liberadora que nos abre a lo que la tradición profética nos urge a reconocer: que el otro, la otra, en su diversidad y pluralidad, es nuestra propia carne. **(Is 58,7)**

Dinámicas psicológicas y sociológicas y la vuelta a las fuentes

Estas experiencias, con mayores o menores matices psicológicos y sociológicos, fueron de la mano con la vuelta a las fuentes del evangelio y de la propia espiritualidad e influyeron en el proceso de discernir

los signos de los tiempos. Esto ayudó a la VR a cuestionar su identidad y sentido. Desde hacía algunos siglos su definición 'objetiva', uniformadora y estática, que pretendía convertirla en un 'estado de perfección', la había desfigurado. Esa mentalidad se llegó a traducir ya no como 'un estar en el mundo, sin ser del mundo', sino como una distancia casi infranqueable de las demás personas, con el consecuente juicio y exclusión de lo diferente, de lo 'no perfecto'. Esa práctica excluyente, la aisló, la deshumanizó y dejó huellas profundas. Por esto, sigue en pie el desafío de volver a las fuentes que hacen de nuestra vida una escuela de humanización. Esto resulta clave para retejer el sentido y la significatividad de nuestro estilo de vida, en un mundo que, con frecuencia, cuestiona nuestra misma razón de ser.

Otros desafíos que considero se le presentan a la Vida Religiosa en clave de esperanza son,

1. Profundizar en la reflexión teológica sobre el discipulado/mística-misión/profetismo de las mujeres. Aquí, la tradición monástica femenina tiene un tesoro inmenso que reclamar. Muchas mujeres benedictinas han vivido apasionadamente su identidad mística/profética.
2. Participar activamente en los procesos de construcción de ciudadanía y de eclesialidad adulta, responsable y participativa que responda a los retos de los tiempos que corren. **(DA 215)**⁸

Una lectura cuidadosa del párrafo 215 en el Documento de Aparecida me lleva a la conclusión que las situaciones que en el Mundo, la Iglesia y la Vida Religiosa claman por esperanza tienen que ver con la claridad de conciencia. En este cambio de época urge percibir que las raíces de dichas situaciones son sistémicas (macro-culturales) y son cimiento de relaciones que se estructuran desde el dominio y la sumisión que limitan y lastiman la vida humana y la de la naturaleza. Este tipo de relaciones ya no son viables, ya no satisfacen, ya no responden a los anhelos humanos.

La creciente conciencia sobre esto y la necesidad de promover cambios sistémicos, genera resistencia en algunas personas y grupos. A su vez, quienes han decidido responder a tales desafíos, se dan cuenta de que las transformaciones se promoverán desde experiencias alternativas encarnadas por las comunidades en su vivencia cotidiana. Desde esta perspectiva, nuestra espiritualidad encarna posibilidades que fortalecen y nutren la esperanza en este cambio de época.

IV. ELEMENTOS DE LA VIDA BENEDICTINA QUE NUTREN Y FORTALECEN LA ESPERANZA

Ante el panorama descrito de transformaciones históricas con sus riesgos, posibilidades y desafíos, ¿cuáles son los aportes de la Espiritualidad Monástica que nutren y fortalecen la esperanza?

Hemos afirmado que la Espiritualidad Benedictina es eminentemente bíblica. Que se sitúa desde la realidad relacional: "Ante todo, 'amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas' y, además 'al prójimo como a sí misma'" **(RB 4,1-2)**

En congruencia con esto, afirmamos que la Vida Monástica busca crear las condiciones para que las personas integren todas las dimensiones de su ser, desde la experiencia del amor incondicional de Dios. Toda la jornada monástica tiene que ver, con este proceso de integración del yo profundo en cada persona y de las personas entre sí. Organizada así, la vida cenobítica persigue un objetivo: que las cada una escale los grados de la humildad, de la verdad de sí mismas y de Dios, para que viva con la más ardiente caridad el Buen Cielo en sus relaciones interpersonales, comunitarias y sociales,

⁸ *El Documento de Aparecida (DA)* es el resultado de la V Conferencia de la CELAM (Conferencia del Episcopado Latinoamericano) que se realizó en Aparecida, Brasil en 2007 y que aporta las actuales líneas pastorales para la Iglesia de América Latina y el Caribe. El #215 dice lo siguiente: *Reconocemos el valor y la eficacia de los Consejos parroquiales, Consejos diocesanos y nacionales de fieles laicos, porque incentivan la comunión y la participación en la Iglesia y su presencia activa en el mundo. La construcción de ciudadanía en el sentido más amplio, y la construcción de eclesialidad en los laicos, es un solo y único movimiento.*

- Anticipándose unas a otras en las señales de honor;
- Abrazando con suma paciencia las fragilidades físicas y morales unas de las otras;
- Adelantándose en la obediencia mutua;
- Buscando el bien de las demás y no los intereses propios;
- Entregándose desinteresadamente al amor de hermanas;
- Siguiendo los caminos de Dios;
- Amando a su Abadesa o Priora con amor sincero;
- Sin anteponer nada absolutamente a Cristo
- Esperando que Él nos lleve a todas juntas a la vida eterna.

Estas características son un estilo de vida que posibilita la liberación de la compasión. Nos capacitan para transformar las relaciones de dominio y sumisión en otras relaciones posibles caracterizadas por el reconocimiento y respeto a la dignidad propia y ajena, que busca, ante todo, el bien de las demás.

Quienes se adentran en la aventura de la Espiritualidad Benedictina, VIVEN en un monasterio y SIRVEN bajo una Regla y una Priora o Abadesa. Desarrollan una disposición fundamental que las sostiene a lo largo de su jornada: 'no desesperar jamás de la misericordia divina', instrumento culmen de las buenas obras. **(RB 4, 74)**

La misericordia divina es el don por excelencia, y como a todo don corresponde una tarea, la tarea en la Espiritualidad Benedictina es estructurar en la persona esa disposición básica cenobita del Buen Cielo: 'que nadie busque lo que juzgue útil para sí, sino más bien para las demás' **(RB 72,7)**. Esta es una expresión concreta de la humildad monástica, que supone que la persona se va acercando a la verdad de sí misma y a la verdad de Dios y va arrancando de raíz esos dos vicios que, de acuerdo con esta espiritualidad, destruyen a la persona y su posibilidad de vivir en comunidad: la murmuración y la propiedad privada.

Así pues, la Espiritualidad Benedictina, enraizada en la Palabra, encarna la esperanza en clave relacional, desarrollando actitudes fundamentales:

- En su relación con Dios, la ESCUCHA FILIAL AMOROSA (Obediencia) **(RB Pr 1, Caps. 5, 68 y 71)**;
- En su relación con las demás personas, el BUEN CELO **(RB Cap. 72)** (que se desarrolla en la Estabilidad);
- En su relación consigo misma, la HUMILDAD **(RB Cap. 7)** (Conversión a la Vida Monástica que libera la compasión);
- En su relación con todo lo que existe, la REVERENCIA ('...trátense todo como si fueran vasos sagrados del altar') **(RB 31, 10)**.

Los elementos que estructuran la vida benedictina dan forma a la esperanza de que, caminando los senderos de la unificación de todas las dimensiones de la persona por la experiencia del amor incondicional de Dios, se pueda vivir congruentemente en integridad personal y responsabilidad. Esto, como afirmamos al inicio de nuestra reflexión, se expresará en testimonio de vida coherente con los valores del evangelio.

Pasemos ahora a considerar cómo esto que da forma a la esperanza cenobítica, se puede ofrecer como una alternativa a las sociedades actuales.

V. CÓMO LA RB LE DA FORMA A LA ESPERANZA

Uno de los rasgos más característicos de la Vida Monástica Benedictina es su comprensión y ejercicio del liderazgo. Los capítulos 2, 3 y 64 de la RB son una verdadera obra de arte que, desde mi punto de

vista, constituyen una alternativa para los desafíos que nos presentan estos nuevos tiempos.

Es una alternativa porque resulta evidente la crisis global de liderazgo en todas las instituciones. Me parece que una de las dificultades por las que atraviesa la Vida Religiosa (VR), en general, es en relación con una falta de creatividad y audacia para desarrollar formas de liderazgo que posibiliten que surja lo nuevo que ya está aconteciendo.

En América Latina y el Caribe, Asia y África, es urgente formar a las nuevas generaciones para el ejercicio de liderazgos maduros, responsables, humanos y con visión trascendente. Los efectos de la dominación internalizada en esas culturas por las imposiciones de instituciones coloniales socio-político-económicas y religiosas, no han sido suficientemente superados. Las nuevas generaciones necesitan hacer un esfuerzo consciente por transformar la desconfianza, inseguridad, baja autoestima e inmadurez, que acompaña a la autoconciencia de las personas que han crecido en culturas dominadas. De no ser así, tales condiciones se verá reflejadas al ejercer estos servicios en las comunidades, reproduciendo los patrones autoritarios que fueron ejercidos sobre ellas/os. El riesgo de autoritarismo y de un uso inapropiado de los recursos financieros, estarán siempre latentes. Por otra parte desarrollar un liderazgo maduro en las nuevas generaciones ofrecerá un signo claro de esperanza en el presente y el futuro.

Quien ejerce el servicio del liderazgo en las comunidades monásticas, resulta clave para facilitar procesos de conversión que promuevan un estilo de vida humano, íntegro, honesto y congruente con los valores del evangelio.

Enseguida señalaré algunas disposiciones necesarias y consideraré como un desafío la importancia de que los nuevos liderazgos sean fruto de la colaboración y participación intergeneracional e intercultural.

Características de los liderazgos emergentes que facilitan respuestas a los desafíos actuales⁹

Parto de la idea de que al liderazgo lo define la capacidad de traducir a la vida, aquello que una comunidad o sociedad se proponen como propuesta alternativa. En el caso del carisma benedictino se expresa en las nuevas relaciones que ya hemos descrito. Estas relaciones se viven en un interactuar cotidiano a la manera de una danza armónica entre el pensar, el ser y el existir y el reconocimiento y respeto de la dignidad propia y ajena. Crear las condiciones para que esto se dinamice, es característico de los nuevos liderazgos capaces de articular la visión de un grupo y ponerla en acto¹⁰.

Algunas de las aquí presentes habremos tenido la experiencia de un liderazgo que, por las razones que hayan sido, en vez de engendrar la vida abierta a Dios y las/los demás, engendraba la sospecha, la rigidez, la competencia, la murmuración. Si no la hemos vivido en nuestras comunidades, lo más seguro es que la hayamos conocido en otros grupos humanos. Si reconocemos el ambiente tan desalentador y deshumanizante que puede surgir de dicho liderazgo, podemos apreciar, por contraste, la fuerza y la esperanza que emergen en un grupo en el cual se vive un auténtico liderazgo benedictino. Creo también que nos hace falta desarrollar un liderazgo desde nuestro ser de mujeres en vez de seguir patrones clericales.

Esto exige ciertas aptitudes y habilidades. Señalo algunas de ellas a continuación. La persona en

⁹ Para este apartado tomo la definición de liderazgo de Marcela Lagarde que citaré enseguida y señalo las características que compartieron conmigo Esther Fangman, osb Presidenta de la Federación de Santa Escolástica en USA que agrupa a 22 Monasterios benedictinos femeninos y Patricia Henry Ford, osb Priora del Monasterio Pan de Vida en Torreón, Coahuila, México.

¹⁰ Cfr. Marcela Lagarde y de los Ríos, *Para mis socias de la vida*, Ed. Horas y HORAS, serie Cuadernos Inacabados, # 48, España, 2005, p.13-14. Marcela habla ahí del liderazgo de las mujeres y yo me permito aplicarlo a todo liderazgo en la Vida Religiosa.

ejercicio de liderazgo,

- **Conoce la verdad de sí misma**, los propios dones y carencias, así como sabe reconocer en qué circunstancias se siente amenazada, esto es con el fin de no reaccionar frente a las dificultades en las relaciones, ya que tales reacciones incrementan los conflictos. El autoconocimiento permite el desarrollo de la habilidad de saberse colocar a distancia del problema, y permite redirigir la energía evitando tornarse defensiva o reaccionar desproporcionadamente. Actuar así, posibilita que el enojo de las demás no se incremente o salga de proporción, sino que decrezca. Se trata de reducir su potencial destructivo y canalizar su energía positiva. El autoconocimiento permite también desarrollar la capacidad de entender lo que hay en la propia persona, en las demás, en el mundo, en la vida en general. Son rasgos de madurez humana que evitan actitudes defensivas y que previenen, como hemos afirmado, de sobre-reaccionar en las interacciones con otras personas. Quienes encarnan los liderazgos emergentes tienen la capacidad, así mismo, de lidiar con los conflictos. No los evaden sino que buscan solucionarlos, reencauzando su energía. El autoconocimiento le permite, así mismo, a la persona en liderazgo, ser consciente de sus verdaderas intenciones y actuar con equilibrio y prudencia. Además, la capacita para ir dejando las propias máscaras y no lastimar ni arrancar agresivamente las máscaras de otras personas, sino más bien, ver más allá de esas protecciones y tratar de tocar con delicadeza lo que está en el corazón. De aquí la siguiente característica.
- **Cuida lo que hay en el corazón propio y el de las demás.** Esto es fruto del autoconocimiento y le vuelve, también, una persona confiable, sin que esa confiabilidad se confunda con una conspiración del silencio. Es, más bien, respeto a la confidencialidad, que no tiene nada que ver con el control de la información.
- **Es realista y asertiva.** Entreteje la amabilidad con la firmeza; la exigencia con la ternura; expresando, de esta manera, bondad. Corrige y estimula y tiene claridad en relación con quienes son negligentes y despectivas. No encubre las faltas de las hermanas sino que tan pronto como empiezan a brotar las arranca de raíz, con toda su habilidad. **(RB 2,23-26)**. Considera la debilidad de las necesitadas, pero no la mala voluntad de las envidiosas **(RB 55,21)**
- **Escucha desde el corazón.** Llega al meollo de lo que está pasando. Escucha a las personas con atención y discierne la verdad. Así, articula la visión comunitaria, no la propia.¹¹ Si mantiene la actitud de escucha, permite que la visión evolucione y anima a participar en la recreación de esa visión comunitaria.
- **Promueve a la comunidad** mediante un sentido de respeto y cuidado mutuo, donde cada una puede desarrollar y multiplicar los dones que Dios le ha confiado.
- **Transmite energía y entusiasmo**, manteniendo la creatividad viva en el grupo.
- **Motiva a la unidad de propósito** aunque las formas de obtener tal propósito sean diversas entre los miembros.
- Sabe **trabajar en equipo** y convoca a las personas calificadas para cada tarea. Esto es muy importante ya que resulta casi imposible que una persona tenga todas las cualidades que necesita para desempeñar su función; y, aunque creyera tenerlas todas, no tendría el tiempo para hacerlo, por eso, buscará asertivamente complementarse.
- **Delega** tareas a la gente a su alrededor y permite que se cometan errores, que se tengan fallas. Sabe que desde ahí se aprende, se crece, se madura.
- **Inspira a las personas** propiciando un ambiente de atención a lo que pasa en el mundo, reflexionando en la responsabilidad que hay que asumir de cara a los desafíos que estos acontecimientos presentan.
- **Innova, crea y es instrumento de la paz que es fruto de la justicia.** La persona en liderazgo llama a evaluar y transformar, si es necesario, los modelos mentales y los tradicionales factores de poder que generan injusticias; no mediante confrontaciones violentas sino encarnando el cambio que propone de manera efectiva, justa y audaz. Alcanza la paz quien practica la justicia

¹¹ Entiendo por visión el sentido de orientación y significado para el porvenir, con el cual nos comprometemos y decidimos acciones para que se concrete.

(RB Pr 25)

- **Escucha a Dios** en los signos de los tiempos. Teológicamente hablando, los signos de los tiempos son acontecimientos en los que buscamos entender no sólo al mundo como es, sino también como Dios quiere que sea. Esto permite ser responsable ante los desafíos del contexto socio-cultural más amplio. Mantiene un sentido de perspectiva, para no ‘ahogarse en los problemas internos’, que distraen la capacidad de ver la realidad más amplia, donde reconoce lo justo y lo injusto.
- Sabe que requiere **fortaleza** para ubicarse frente a esas realidades socio-culturales y eso supone una **cotidiana y profunda vida de oración personal y comunitaria**, que le permite sustentarse en los valores evangélicos al tomar decisiones que respondan a los desafíos que tales realidades le presentan.
- Vive en una **continua actitud de discernimiento**, la cual teje con los hilos que le proporciona la escucha de todas las hermanas con los oídos del corazón.

Esforzarse conscientemente por desarrollar estas actitudes y habilidades propias de los liderazgos a que nos urge el mundo actual, requiere de una disponibilidad fundamental que es clave en la Espiritualidad Benedictina, la humildad. Algo característico de la humildad y que la sitúa como un don, es que capacita a las personas para evaluar y responder tanto a las situaciones cotidianas como a las extraordinarias, desde un corazón centrado en su verdadero tesoro: la búsqueda de la vida plena para todas y todos (**Jn 10,10b**). Esta disposición es indispensable para construir y recrear continuamente las relaciones en la comunidad y, por esto, es central para la Regla Benedictina.

Los liderazgos a que nos urgen estos tiempos se caracterizan, también, por su apertura a la colaboración intergeneracional e intercultural. Estas son características propias de la Espiritualidad Benedictina. Todas las hermanas, sin excepción, expresan su sentir frente a los asuntos importantes que han de tratarse en la comunidad. Así, pues, discernir lo que la *Ruah* Divina está suscitando requiere de escucha. Se escucha la sabiduría de las hermanas que han caminado y han encarnado la Regla por generaciones y se atiende también a la audacia creativa de quienes, habiendo ingresado más recientemente, portan comprensiones y sensibilidades más cercanas a los nuevos tiempos.

Es importante, así mismo, considerar los matices culturales en los que se han de expresar los valores benedictinos. Sabemos por la historia de la Iglesia Católica y también de nuestra Orden que con frecuencia, en el pasado, hemos identificado la Buena Nueva y nuestro carisma con la expresión europea de los mismos. Al volver a las fuentes, descubrimos que la inclusión y valoración de la diversidad fue un valor de gran importancia en la vida benedictina en sus orígenes y en los primeros siglos de su expansión.

Los liderazgos más colegiales, por decirlo de alguna manera, son incluyentes y promueven la participación, confiando en que la voluntad de Dios se manifiesta a través de las hermanas todas. Favorecen también, como hemos dicho, la madurez humana y el crecimiento espiritual personal e interpersonal en las comunidades. Estos tipos de liderazgo se volverán fermento de transformación para las personas a quienes acompañamos en ministerios pastorales, o para quienes llegan a nuestras hospederías o habitan alrededor de nuestros monasterios.

Para finalizar, quisiera sintetizar, de alguna manera, lo que considero hace de la espiritualidad benedictina, levadura de esperanza.

VI. ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DE LA ESPIRITUALIDAD BENEDICTINA COMO LEVADURA DE ESPERANZA

- a) Ante los anhelos de una parte de la humanidad que manifiesta su deseo de ir más allá de la intolerancia con las diferencias, la Espiritualidad Benedictina propone un proceso que lleva a honrar y respetar la igual dignidad humana y a incluirla en su diversidad.

Ante todo, la Espiritualidad Benedictina crea las condiciones para que se honre y respete la igual dignidad en que todas las personas han sido creadas. Subraya, afirma y revela como designio divino que todas y todos en nuestra diversidad, creada por Dios, somos equivalentes: “Tanto la gente esclava, como la libre, todas y todos somos en Cristo una sola cosa” “... y bajo un mismo Dios, todos y todas cumplimos un mismo servicio” “Lo único que ante Dios nos diferencia es que nos encuentre mejores en las buenas obras y en la humildad” **(RB 2,20-21)**.

De esta manera, nuestra espiritualidad, honrando la igual dignidad en que las personas han sido creadas, promueve y dinamiza la inclusión y participación, escuchando a todas las hermanas ‘cuando hayan de tratarse asuntos de importancia en el Monasterio’ **(RB Cap. 3)**.

- b) En una sociedad que desecha a las personas adultas mayores, la Espiritualidad Benedictina las honra en su experiencia y caminar en la vida monástica, que se traduce en sabiduría.

En un monasterio benedictino nadie sigue su propia voluntad... ni se aparta del ejemplo de sus mayores... **(RB 3,7; 7,55 y cap. 23)**

- c) En culturas donde la tecnología invade con estímulos sensoriales crecientes que obstaculizan la reflexión y el encuentro

La Regla Benedictina provee espacios de silencio y escucha humilde y amorosa a Dios con el oído del corazón e invita a poner atención a lo que expresan otras personas y cuanto acontece. Es en la ESCUCHA, SHEMA, que facilita el silencio, que se disciernen los caminos de Dios y se modela toda relación, en reconocimiento, respeto, honra de la dignidad propia y ajena, siguiendo la regla de oro, **(RB 70,7)** y practicando las buenas obras **(RB Cap. 4)**.

No se sigue lo que dicta el mundo sin más, se dialoga con lo que nos propone buscando discernir lo que va en acuerdo con el evangelio, teniendo siempre a Cristo como centro, no anteponiendo nada a su amor y esperando que él nos lleve a todas juntas a la vida eterna **(RB 4,21; 72,11-12)**

- d) En culturas que privilegian el individualismo y la independencia,

la Espiritualidad Benedictina llama a vivir y fortalecer la interdependencia en comunidades de fe.

- e) En sociedades donde el capital y la producción es más importante que las personas y su desarrollo,

el Carisma Benedictino da a cada hermana la oportunidad de desarrollar sus dones al servicio de las/los demás, y en ese servicio humilde encontrar una vida en plenitud, para que ‘en todo sea Dios glorificado’. **(RB Pr 6; Cap. 57)**

- f) En sociedades centradas en el consumo, el desecho y el despilfarro, al que sólo pueden acceder minorías privilegiadas insensibles a las necesidades de mayorías empobrecidas,

la Tradición Benedictina llama a la austeridad y al cuidado de todas las cosas como si fueran vasos sagrados del altar **(RB 31,10)**. Así como a compartir todo lo que se tiene ante la necesidad de quienes les rodean.¹²

Estas son algunas características de la Espiritualidad Benedictina que identifiqué como levadura que fortalece la esperanza. Concluyo este compartir narrando brevemente lo que considero que son fuentes de fortaleza para mi propia esperanza.

¹² *Diálogos de San Gregorio*, Libro II, Cap. XXXVIII.

VII. FUENTES DE FORTALEZA PARA MI PROPIA ESPERANZA

Este año estoy cumpliendo treinta de vida benedictina. Treinta años de ensayos con aciertos y errores, de crecimiento entre avances y retrocesos, de ir experimentando y confiando en la misericordia divina que me ha vuelto un poco más libre y serena. Hoy me siento menos ingenua y más realista, con un mejor sentido del humor, menos temerosa y tan enamorada de mis anhelos como apasionada por mis opciones. También creo que he ido entendiendo un poquito mejor eso que se afirma que nos revela Escolástica de Nursia, que en nuestro carisma el amor es más fuerte que la ley.

Mi encuentro con la Espiritualidad Benedictina fue en el mes de febrero de 1980, justo en los días que preceden y anteceden la Fiesta de Santa Escolástica. Debido a que la historia no ha sido mi fuerte, en ese tiempo no sabía nada sobre el monacato. Curiosamente fue la palabra 'benedictina' lo que me cautivó. Quizás intuí que contenía algo significativo para mí ya que me pareció muy bella, atractiva, como misteriosa y desafiante. Y no podía ser de otro modo ya que encierra una bendición.

A los pocos días fui a visitar un Monasterio en la Ciudad de México, al que ingresaría seis meses después. Mientras estuve ahí, una de las hermanas me compartió la grabación de un retiro que les había facilitado un monje benedictino de Argentina, Pedro Alurralde. Se quedó grabada en mi corazón una afirmación que él hacía: 'somos las personas de la inescapable soledad. Una soledad fecunda que nutre nuestra relación con Dios y con las demás personas'. Esa fue mi primera fuente de esperanza: las benedictinas buscan a Dios y en esa relación se sostienen.

También me dieron a conocer una Regla de San Benito. Recuerdo cómo me conmovieron esas palabras del capítulo 58,2: 'prueben sus espíritus para ver si son de Dios'. En mi ingenuidad le dije a una de las hermanas que mientras estaba ahí, por una semana, probara mi espíritu para ver si era de Dios. Esa es otra fuente de esperanza: centrarnos en el espíritu de Dios que nos habita y recrea nuestras vidas.

1980 fue el año en que se celebraron los 1500 años de la Orden. Muchos recursos, fruto de investigaciones sobre el estado de la cuestión monástica en general y de la Regla de San Benito en particular, fueron publicados. Resultó una experiencia apasionante estudiar nuestra tradición en ese tiempo. Recuerdo cómo me impactó el lugar de la humildad en la Espiritualidad Benedictina, aunque me costaba trabajo entender ciertas expresiones. Me sorprendió su ausencia en las Constituciones de la Federación, pero se podía entender esa ausencia por el contexto en el que fueron redactadas. En alguna ocasión, junto a otras hermanas de mi generación tuvimos un buen intercambio al respecto con la que era entonces Presidenta de la Federación de Santa Escolástica. Los ochentas fueron otro momento, diferente a los sesentas, que planteaba nuevos interrogantes. He aquí otra fuente de fortaleza para mi esperanza: nuestra tradición tiene muchos tesoros de donde se pueden sacar cosas nuevas y antiguas que le permitan entrar en diálogo con los desafíos que van presentando los signos de los tiempos.

Lo que no ha dejado de maravillarme en todos estos años es la sencillez de nuestra espiritualidad. Es para principiantes. El prólogo de la Regla siempre me ha encantado y sobre todo esa promesa de que si perseveramos, llegará el momento en que 'dilatado nuestro corazón por la inenarrable dulzura del amor correremos por los senderos de los mandamientos de Dios'. **(RB Pr 49)**. De manera particular algo que considero una alternativa humanizadora y humanizante para los desafíos de hoy es esa característica del Buen Celo que se nos invita a vivir con el más ardiente amor: 'Nadie busque lo juzgue útil para sí, sino, más bien para las otras' **(RB 72,7)**.

En los últimos meses lo que ha reforzado el cimiento de mi esperanza es repetir como una mantra continuamente aquello de '...y no desesperar jamás de la misericordia divina' **(RB 4, 74)**. Y es que la esperanza, creo yo, se gesta en lo cotidiano, en lo pequeño, en lo frágil y vulnerable de los anhelos personales y comunitarios de quienes no nos conformamos, no nos podemos acomodar, no nos resignamos a que la vida, en todas sus expresiones, esté siendo minada. La esperanza se me manifiesta en la pasión presente y constante de toda esa gente que está convencida de que otros mundos son posibles y que están dispuestas a aportar su granito de arena ofreciendo el don que les ha sido dado.

Nuestro carisma, nuestra espiritualidad es muy modesta. Es, como hemos dicho, para principiantes que ante cualquier obra buena que emprenden, piden con oración muy insistente y apremiante a Dios que él la lleve a buen término **(RB Pr 4)**. Nuestra esperanza se sostiene en la confianza en la misericordia divina.

Pero este carisma sencillo y humilde fue capaz de enorme relevancia social al principio de la Edad Media. En aquel entonces nuestra forma de vida comunitaria se convirtió en el gran modelo de organización social para la Europa naciente. Estamos otra vez en un cambio de época. La historia nos ofrece dos opciones:

¿Queremos vivir a profundidad el tesoro benedictino y ofrecerlo al mundo como hicieron las y los Benedictinos al comienzo de la Edad Media?

¿O nos instalaremos en un modelo caduco y privaremos al mundo de hoy de su fuerza transformadora como hicieron muchas de nuestras comunidades al comienzo de la Edad Moderna?